—¿Y dice vuestra alteza que teme que no hayamos conseguido nada?

—Eso he dicho.

—Pues no os comprendo, príncipe. ¿No se encuentra Josefina en esta casa?

—¡Quién lo duda!

—Su padre ignora por completo lo que sucede, la cree al lado de su marido, y la única persona que está enterada de nuestro secreto es el conde de Massi, que no ha de llevar su despreocupación hasta el punto de referir á nadie lo que sucede.

—Desde luégo: se pondría en ridículo.

—Por lo tanto, la aventura queda en el más profundo misterio; se ha evitado el escándalo. ¿Qué más puede desear vuestra alteza?

—El amor de Josefina.

—¿Y acaso no lo tenéis?

El príncipe se encogió de hombros.

—Hasta ahora, – dijo después de una breve pausa,— me ha tratado con el mayor desdén.

—Es natural; y esto es lo que debe halagar á vuestra alteza. Yo creo que un buen soldado no debe conceptuarse satisfecho cuando consigue entrar en una fortaleza sin que la defiendan con tesón sus enemigos. En cambio, ¡cuán grande debe ser su satisfacción cuando logra su deseo después de un reñido combate!

—Cierto.

– ¿Quería vuestra alteza que Josefina hubiera admitido desde luégo vuestras amantes pretensiones? ¡Ah

príncipe, entonces esa niña inocente se hubiera igualado á esas mujeres livianas que no conservan ni el más leve residuo de pudor!

—Pero ¿y si transcurren los días y no logro que sus labios me dirijan una palabra cariñosa?

—No lo creáis; pero aun suponiendo que llegase ese caso, no nos faltarían medios para vencer su desdeñosa actitud.

—Bien lo conozco; pero mi deseo es que me corresponda, que me entregue su corazón espontáneamente.

—Y lo conseguiréis.

—No lo sé.

—¡Quién lo duda!

—Josefina está enamorada de otro.

—Ya le olvidará.

—¿Imaginas que sea tan voluble?

—No; pero en pocos hombres concurrirán circunstancias tan favorables como las que vuestra alteza posee.

—No comprendo á qué te refieres.

—Pues es bien fácil de adivinar. Sois jóven, sois príncipe y muy pronto seréis rey. ¿Creéis que habrá muchas mujeres que puedan resistiros? Es imposible.

El príncipe guardó silencio.

Las palabras de Tanucci le hicieron cobrar esperanzas.

Transcurrieron algunos días.

El príncipe no dejó que pasase ninguno sin hacer una larga visita á la hija del doctor Montalbi.

Al mismo tiempo, Catalina, la doncella que hemos visto conversar con la joven, no cesaba de pintar á su señora con los más vivos colores la pasión que había inspirado á don Carlos.

Difícil era la situación en que se hallaba Josefina, por muchas circunstancias.

En primer lugar, hallábase lejos de su padre, esto es, del mejor consejero que hubiera podido tener en aquellos momentos.

El príncipe no dejaba de halagarla.

Para terminar, la joven hallábase en un inminente peligro.

Sin embargo, aun no podía alejar de su mente el recuerdo de Estrañi, del hombre que era dueño de su corazón, del que la hizo sentir los gratos ensueños del primer amor.

No obstante, Roberto habíase despedido de ella para siempre; su última frase, como recordarán nuestros lectores, fué asegurarla que jamás se interpondría en su camino.

Además, Josefina hallábase unida al conde de Massi con ese lazo que no se rompe sino con la muerte.

La esperanza de ser feliz era una quimera, una ilusión irrealizable.

Había además otra circunstancia.

Así como la joven sentía hacia su esposo el odio

más profundo, su corazón no rechazaba en absoluto al príncipe.

No le amaba, porque su alma sólo era de Roberto; pero don Carlos no le era repulsivo.

¡Expresábale éste su pasión con tanto fuego y con palabras tan galanas!

Una noche hallábase Josefina en la estancia que hemos descrito.

La primavera empezaba á cubrir de hojas las enredaderas que, como una celosía de esmeraldas, extendíanse por los balcones del aposento.

A través de ella penetraban en la habitación los argentinos rayos de la luna.

La brisa del mar oreaba la frente de la joven.

Esta hallábase vestida de blanco.

Sus rubios cabellos caían tejidos en dos gruesas trenzas sobre su espalda.

Al verla apoyados los brazos en el alféizar, con las azules pupilas fijas en el cielo, semejábase á una de esas fantásticas creaciones de los poetas.

Tan abstraída se hallaba en sus pensamientos, que no advirtió siquiera el rumor que produjeron los pasos de una persona que penetró en la estancia.

Era el príncipe.

Don Carlos estuvo contemplando á la joven algunos minutos.

Jamás habíale parecido tan hermosa como aquella noche.

Y esto es perfectamente comprensible.

¿Quién pone en duda que en una noche deliciosa, en una estancia donde impera el lujo, bañada por los melancólicos rayos de la luna, se aumentan de un modo extraordinario los hechizos de una mujer?

El príncipe avanzó lentamente algunos pasos.

No quería que la joven cambiase de actitud.

Procuró, por lo tanto, hacer el menos ruido posible al aproximarse.

Josefina siguió mirando al cielo algunos momentos más.

Luégo se retiró del balcón.

Al ver al príncipe, una leve exclamación escapóse de sus labios de carmín.

Se creía sola.

Don Carlos se sonrió.

—Ignoraba que vuestra alteza estuviera aquí,—dijo la joven con alguna turbación.

—Estabais tan hermosa contemplando ese cielo que tiene envidia del azul de vuestros ojos, que no quise interrumpiros.

—Decidme, señor, ¿hasta cuándo va á durar mi cautiverio? - preguntó Josefina dando otro giro á la conversación.

—¿Tan á disgusto estáis en esta casa?

—Mucho, señor, no puedo negároslo.

—¡Ah Josefina, cuán cruel sois! Yo en cambio me considero el hombre más dichoso del mundo con que permanezcáis á mi lado.

Josefina guardó silencio.

El príncipe aproximóse á ella.

—Sentaos,—le dijo con esas dulces inflexiones de voz que emplean los hombres con las mujeres á quienes aman;—no me tratéis con tanto desdén; comprendo que he dado el suficiente motivo para despertar vuestro enojo; ¡pero os amo tanto, que mi atrevimiento merece disculpa!

—¡Callad, príncipe, callad!

—No puedo complaceros; decidle al río que detenga su curso cuando va á verter sus linfas en el mar, y aun sería más fácil que obedeciese. Yo, Josefina, al hablaros de este modo, al deciros que sois la única mujer que me cautiva, obedezco á un impulso poderoso, á una fuerza superior á mi voluntad, que me obliga á hacerlo. Si no os amase, si no sintiera hacia vos más que un efímero deseo, podría franquearos la puerta de esta casa; pero no puede ser; mi abnegación no llega hasta ese punto; es más imperiosa mi pasión que los consejos de mi conciencia.

—Pero ¿no comprendéis que vais á hacerme eternamente desgraciada?

—No lo creáis,—respondió el príncipe; —todo lo contrario. Volviendo al lado de vuestro padre, como deseáis, es seguro que el conde de Massi, esto es, el hombre con quien os habéis unido, reclamara, tarde ó temprano, sus derechos de esposo y tendríais que vivir en su compañía.

—¡Ah, eso nunca!—dijo la joven.—Ese miserable

ha perdido todos sus derechos desde el instante en que me considera como una grosera mercancía.

—Sin embargo, él tiene sobre vos la autoridad que le dan las leyes.

—Esa autoridad la ha perdido por completo desde el instante en que ha observado conmigo una conducta tan villana.

—Por lo mismo que es un infame que accedió á lo que no es preciso recordar, ¿quién os dice que el día de mañana no trate de reunirse á vos?

—Antes prefiero la muerte.

—No, Josefina, aceptad mi amor, y entonces seréis imposible para el hombre que os ha servido de verdugo.

Y el príncipe, al decir esto, quiso apoderarse de una de las manos de Josefina, que la joven apartó precipitadamente.

—No seáis tan esquiva, - prosiguió don Carlos; — ¿no os predispone á amar una noche tan apacible como la que estamos admirando?

La hija del doctor guardó silencio.

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas.

El príncipe no apartaba sus pupilas de ella.

Sentíase dominado por el fuego de una intensa pasión.

Había en sus miradas esas brillantes fosforescencias que despiden los ojos de la serpiente cuando ejercen su influencia magnética sobre las aves.

La respiración de Josefina era trabajosa.

A veces desplegábanse sus labios, dando paso á un suspiro.

Se hallaba verdaderamente hermosa.

Hubiera sido un gran modelo para simbolizar la expresión de las facciones de Eva oyendo las tentadoras palabras de Satanás.

El príncipe se hallaba en aquel momento verdaderamente loco.

Sus ojos embriagábanse contemplando á aquella hermosa niña de diez y siete años, cuyo turgente seno elevábase ó descendía al respirar con esa suave ondulación de las olas.

Hubo un instante en que el príncipe y la joven guardaron silencio.

El primero, porque no encontraba palabras suficientemente expresivas para demostrar á la joven lo que experimentaba en todo su ser.

La segunda, porque temía la continuación de aquel peligroso diálogo.

Don Carlos fué el primero que habló.

—Josefina, —dijo tratándola con una familiaridad que no había empleado hasta entonces, —pídeme cuanto quieras: por una mirada de tus ojos renunciaría gustoso á mi porvenir, á mi nobleza, á la vida.

—Eso no puede ser cierto, señor.

—Te lo probaré. Habla; tus palabras son mandatos para mí.

—Dejad que vuelva á la casa de mi padre.

—Nunca; eso nunca.

Y al decir esto, el príncipe rodeó con sus brazos la flexible cintura de la joven.

En vano quiso ésta desasirse.

El príncipe estrechóla con loco frenesí, acercando sus labios á los de Josefina.

Sonó el rumor de un beso, ardiente como la lava que vomita el volcán.

—¡Dejadme, señor, dejadme!—dijo la joven con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Nunca, nunca!—repitió don Carlos con acento alterado.

. . . . . .

Poco después, el príncipe, pálido como un muerto, abandonaba la estancia.

En ella quedaba semidesmayada la hija del doctor Montalbi.

Sus rubios cabellos caían desordenados sobre sus hombros, semejando una cascada de oro.

No se atrevía á levantar los ojos del suelo.

Sus mejillas estaban cubiertas con el carmín de la vergüenza.

La joven permaneció largo rato ensimismada en su estupor.

Luégo se puso en pie y elevó al cielo una mirada.

Parecía que sus ojos azules habían perdido su candorosa expresión, así como se altera la diafanidad del cielo cuando cruzan por él las oscuras nubes de la tempestad.

CAPITULO L

Donde se prepara el desenlace de una trama.

s acaso posible detenerse cuando se ha puesto la planta en el resbaladizo sendero que conduce al precipicio?

No; es necesario rodar hasta el fondo.

Esto sucedió á la pobre Josefina.

Había luchado por conservar la inmaculada blancura de su pureza, pero la fatalidad la obligó á torcer sus inclinaciones.

La hija del doctor Montalbi, esto es, el tesoro del honrado anciano, fué la manceba del príncipe Carlos.

Transcurrieron algunos meses.

La joven apenas salía de su estancia.

Sentíase avergonzada y triste.

Sin embargo, ella no era responsable de lo que la había sucedido.

Tuvieron la culpa de su desgracia, como nuestros lectores saben, la fatalidad y la mala fe.

Josefina no era ya la rosa inmaculada y fragrante que eleva con orgullo sus pétalos despidiendo su embriagador aroma.

Era la rosa que se inclina sobre su tallo después de sentir el ardiente beso del huracán.

Apenas desplegaba los labios.

Sus ojos tampoco vertían lágrimas.

El sufrimiento agotó el raudal de su llanto.

Sin embargo, una mañana, cuando Catalina penetró en su estancia, hallóla más explícita que de costumbre. Hasta brillaba en sus labios la sonrisa.

La doncella advirtió aquel rápido cambio, pero dióle una interpretación equivocada.

—Se conoce que la señora va conformándose con ser la amada del príncipe; esto es natural, después de todo.

Catalina se engañaba pensando así.

No era que la hija de Montalbi se hubiese resignado con ser la amada de don Cárlos, sino que sentía en sus entrañas las palpitaciones de un nuevo ser.

Josefina iba á ser madre.

Esta idea despertaba en ella encontrados pensamientos.

Unas veces se estremecía de placer, diciendo:

—Por lo menos, cuando nazca mi hijo, tendré constantemente á mi lado á un ser querido.

Pero apenas pensaba esto la joven, una palidez mortal cubría su rostro.

—¡Ah santo Dios!—decíase con lágrimas en los ojos.—Ese pobre niño será el hijo del crimen, la prueba viva de mi deshonra.

En cuanto á don Carlos, seguía amando á la joven aunque con menos intensidad.

El príncipe sintió hacia ella una de esas pasiones fogosas que se disipan con la misma rapidez que nacen.

Muchas veces decía á Tanucci:

—No abandonaré nunca á Josefina, que es buena y hermosa; pero no es la mujer que realiza mis ideales. ¡Se halla siempre tan triste! No tengo duda de que aun se acuerda de su primer amor.

—Y si es así, y vuestra alteza no la ama ya, ¿por qué no pone término á esas relaciones?

—Porque eso sería una crueldad incalificable.

—No lo crea vuestra alteza. Si todos los hombres que dejan á una mujer, después de haberla amado, fueran unos infames, la sociedad estaría plagada de malhechores.

—¿Qué hará esa infelíz si la abandono?

—Pues volver al lado de su padre, que la adora.

—La amaba mucho; pero si ha llegado á saber lo ocurrido...

—En primer lugar, señor, el doctor Montalbi ignora cuanto ha sucedido y cree á su hija muy dichosa, pero aunque así no fuese, un padre está dispuesto siempre á perdonar á aquellos á quienes dió vida.

—No obstante, no me agrada la solución que me propones.

—Hay otro medio.

—¿Cuál?

—Devolver esa joven á su marido.

En los labios del príncipe se dibujó una sonrisa.

—¿Y crees que el conde ha de recibirla en su casa?

—¿No he de creerlo?

—¿Hasta ese punto llega su falta de aprensión?

—Podéis juzgarla desde el instante en que accedió á unirse á Josefina con las condiciones que se estipularon.

—Pero...

—Sé lo que vuestra alteza va á decirme. Le asombra que haya un hombre con tan poca dignidad; pero en el mundo, señor, se encuentra de todo.

—¡Parece imposible!

—Cierto que lo parece; pero no dudéis que Massi nos complacerá siempre que se le recompense su servicio dándole, por ejemplo, un puesto de importancia lejos de Italia.

—Lo haremos así; pero la pobre Josefina...

—Josefina, como habéis dicho muy bien, no os ama: debéis considerar esta aventura como uno de tantos caprichos que se satisfacen y se olvidan.

No necesitaba mucho el príncipe para aceptar los perniciosos consejos de Tanucci.

La constante melancolía de Josefina le causaba tedio.

Transcurrieron algunos días.

Tanucci, siempre dispuesto á allanar todas las dificultades que se le presentaran al ilustre joven, hizo que el marqués de Grimaldi escribiese á Massi.

Éste habíase instalado en la corte de España, dándose una gran vida al lado de Felisa.

Una tarde recibió una carta.

En el sobrescrito reconoció inmediatamente el carácter de letra de su antiguo amigo.

En la carta expresábale Grimaldi la conveniencia de que regresara á Venecia.

El conde dispuso el viaje para el día siguiente.

—Cuando me llama con tanta urgencia, de algo importante se trata.

El veneciano, pocos días después llegó á la hermosa ciudad del Adriático, y sin quitarse su traje de camino, dirigióse á la morada del marqués.

Ambos cambiaron un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo os ha ido en España?—le preguntó Grimaldi.

—Muy bien, amigo mío: me agrada tanto, que no tendría inconveniente en pasar allí el resto de mi vida.

—Fácil es conseguir ese deseo.

—No tanto como creéis.

—¿Por qué no?

—En cualquiera de los puntos de Italia poseo medios de vida; en Génova tengo parientes, aunque lejanos, y en Nápoles...

—Pero contando con medios propios,—interrumpió Grimaldi,—no necesitáis apelar á nadie.

—Ese sería mi ideal; pero no he descubierto ninguna mina.

—Según lo que decís, no os encontráis en buenas condiciones financieras.

—Mentiría al asegurar lo contrario. Felisa es una mujer encantadora, pero capaz de arruinar al mismo Creso en poco tiempo.

—¿De modo que hoy aceptaríais una colocación en España, siempre que fuera digna de vuestro elevado linaje?

—Desde luégo.

—Pues voy á proporcionárosla.

—¿Qué decís?

—Sé que el príncipe os complacería, siempre que le prestéis un nuevo servicio.

—¿Cuál?

—Reuniros con vuestra esposa.

—¡Es original! Hace poco me sacasteis de los compromisos en que me hallaba porque renunciase á mis derechos de marido, y ahora me ofrecéis una posición porque los haga valer.

—Precisamente eso es lo que os propongo.

Massi quedóse reflexivo.

—¿Os conviene?—le preguntó Grimaldi.

—Marqués, dejad que lo reflexione: la proposición es más grave de lo que parece. Sin embargo, confieso que no me desagrada del todo.

—Meditad, pues, sobre el asunto.

Los dos amigos se separaron.

Al siguiente día Massi se presentó en casa de Grimaldi.

—He reflexionado despacio sobre lo que ayer me dijisteis, y acepto.

—Muy bien.

—Decidme cuándo y en dónde puedo encontrar á Josefina.

—Mañana, y en esta misma ciudad.

—Perfectamente.

Grimaldi se apresuró á ir á la morada de Tanucci, manifestándole lo que acababa de decirle el conde.

El ayo del príncipe celebró mucho aquella noticia.

—Me consta,—dijo,—que don Carlos siente hastío hacia Josefina, pero su conciencia rechaza el abandonarla.

—Pero cuando sepa que Massi no tiene inconveniente en unirse con ella...

—Entonces cambiará de opinión.

—Creo lo mismo.

Tanucci dirigióse poco después á la morada del príncipe.

El joven hallábase indolentemente reclinado en un sillón que había cerca de la ventana, por la que se descubría el mar.

Al sentir el ruido que produjo la puerta al abrirse, fijó sus ojos en el dintel.

—¡Ah! ¿Eres tú, mi querido Tanucci?

—Servidor de vuestra alteza.

El príncipe, que pocos momentos antes leía en un libro, dejó caer éste sobre sus rodillas.

—¿Estabais ocupado, señor?—preguntó Tanucci.

—Leyendo un rato; pero ni aun así he conseguido que se disipe el tedio que se ha apoderado de mí de algún tiempo á esta parte. Deseo volver á Nápoles; la quietud de Venecia me es insoportable; no he visto nunca una ciudad más silenciosa.

—En cambio Nápoles...

—¡Ah! ¡Ya lo creo! Nápoles es el centro de la actividad y la alegría.

—¡No tendrá vuestra alteza muchos deseos de salir de aquí!

—Claro que nadie me lo impide; pero hay razones poderosas para que me abstenga por ahora de ponerme en marcha.

—Comprendo á lo que os referís.

—No se necesita gran perspicacia, pues hemos hablado de este asunto en otras ocasiones.

—Y ahora, señor, vengo á veros precisamente para resolver esa cuestión.

—¿Para hablar de Josefina?

—Sí, señor.

—Te escucho.

—El conde de Massi se encuentra aquí.

—¿En Venecia? ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer.

—¿Y qué dice?

—Mi amigo el marqués de Grimaldi, de quien he hablado á vuestra alteza en varias ocasiones, ha sido visitado por el esposo de Josefina.

El príncipe fijó sus ojos en Tanucci como interrogándole.

El caballero continuó:

—Parece que el conde se ha regenerado por completo.

—¡Mucho lo dudo! El hombre que observó por tantos años una conducta como la suya, no cambia jamás.

—Sin embargo, príncipe, hay circunstancias en la vida...

—Sí, es indudable que pueden hacer que cambien los hombres sus opiniones en pro ó en contra.

—Y eso es lo que le ha sucedido á Massi.

El príncipe se sonrió con cierta ironía.

—La verdad es,—continuó Tanucci,—que si el conde desea reunirse con su esposa, creo que vuestra alteza no debía oponerse á ello.

—¿Y quién te ha dicho que yo me opondría?

—Josefina os inspiró una pasión que ha ido disipándose poco á poco.

—Cierto; no lo niego.

—Hoy no sentís hacia ella más que un afecto compasivo.

—Verdad.

—Y la fortuna os depara una excelente ocasión para que os separéis de esa mujer sin violencia alguna.

—¿De qué modo?

—Permitiéndola que se reuna con su marido y haciendo que el conde ocupe un buen puesto en la corte de España.

—Josefina no se avendrá á eso: me consta que odia á su marido con todo su corazón.

—Sin embargo, si Massi la ruega...

—Creo que nada conseguirá.

—¡Qué sé yo, príncipe! Las mujeres son muy singulares. Sobre todo, ¿qué se pierde por intentarlo?

—Ciertamente que nada.

—Si vuestra alteza me lo permite, yo trataré este asunto con Josefina.

—No, yo me encargo de indicárselo.

—Conviene también que el conde la hable. Massi es hombre de buen talento; quizás mejor que nosotros convenza á Josefina.

—No quiero ver al conde: ese hombre me repugna.

—Lo creo; pero no es preciso que vuestra alteza le vea.

—Bien, Tanucci, haz lo que quieras; quedas autorizado para obrar en este asunto como mejor te parezca.

Tanucci no necesitó más.

Aquellas palabras le bastaron.

Salió del aposento del príncipe y se hizo anunciar á Josefina por una de sus doncellas.

Lit. J. M. Mateu Barquillo 6. M.

_Vamos, señora.

La joven sentía hacia el caballero una profunda aversión.

Un presentimiento habíale indicado siempre que, aunque de un modo indirecto, él tuvo la culpa de su desgracia.

No atrevióse, sin embargo, á poner un pretexto para no recibirle.

Tanucci penetraba en la estancia algunos instantes después.

La joven fijó en él una desdeñosa mirada.

—Señora,—dijo el caballero,—extrañaréis seguramente mi visita.

—Con efecto, no puedo negároslo.

—Hace tiempo que deseaba hablar con vos.

—Pues la ocasión no puede ser más oportuna

Y Josefina le designó un asiento que se hallaba á alguna distancia del que ella ocupaba.

—Hace algunos días,—comenzó Tanucci,—que advierto que el príncipe se halla bajo los efectos de una gran melancolía. ¿No lo habéis advertido también?

La joven se encogió de hombros, frunciendo los labios para expresar su indiferencia.

—Yo creo,—prosiguió Tanucci,—que don Carlos empieza á cansarse del marcado desvío con que le tratáis.

En los labios de Josefina brotó una sonrisa irónica.

—Señor Tanucci,—dijo la joven,—os ruego que habléis con franqueza. ¿Sois vos quien ha advertido

melancolía en el príncipe, ó es que éste os manda venir para que me hagáis saber que se halla hastiado de mi compañía?

—Señora, lleváis vuestra malicia hasta la exageración.

—No lo creáis; casi tengo la certeza de haber adivinado. Si es así, no empleéis enojosos preámbulos; yo no amo al príncipe; no tengo inconveniente en decíroslo, pues más de mil veces se lo repetí á él en persona.

—Pero aunque no le améis, os halláis unida á su alteza; median entre ambos compromisos difíciles de romper.

—No lo creáis.

—Sólo encuentro una solución.

—Sencillamente la de que me dejen franca las puertas de este palacio.

—No, señora; el príncipe no consentiría nunca que salieseis de esa manera Hay otros medios menos violentos.

—¿Cuáles?

—¿Sabéis que vuestro esposo está en Venecia?

—¡El conde!

—Que ha cambiado por completo su modo de ser.

—¿Acaso vais á proponerme una reconciliación?

—¿Por qué no?

—Callad, señor Tanucci; eso es un absurdo, una locura.

—No tanto como imagináis.

—Admitiría antes que ésa cualquiera otra solución, por descabellada que fuese.

—Haríais mal.

—Caballero, aunque soy muy joven, la fatalidad se ha encargado de darme la suficiente experiencia para no admitir consejos de nadie. Si estorbo en esta casa, ya sabéis, tanto el príncipe como vos, que el tiempo que he permanecido en ella no fué por mi gusto.

—Señora, nadie os ha dicho que estéis mal aquí.

—Hay cosas que se sobrentienden.

Josefina, al decir esto, se puso en pie, para indicar á Tanucci su deseo de terminar aquel enojoso diálogo.

El caballero salía de la estancia poco después.

No se hallaba muy satisfecho de la manera que había sido recibido.

Sin embargo, tenía la certeza de que Josefina, de grado ó por fuerza, se uniría con su marido.

CAPITULO LI

El final de una historia.

s seguro que otra mujer que no fuera tan digna como la hija de Montalbi hubiera hallado medios para que sus relaciones con el príncipe se prolongaran.

Hubiese bastado que Josefina le hiciera la revelación del estado en que se hallaba para que el noble joven sintiese nacer de nuevo en su corazón el amor que se extinguía.

Pero Josefina decidióse á guardar este secreto.

Ella, como nuestros lectores saben, no amaba al príncipe.

Halagábala, por lo tanto, muchísimo más ocultar

su vergüenza y sus lágrimas en el más apartado rincón.

- Sólo de una manera estaría tranquila,—pensaba la joven,—y hasta me consideraría dichosa. Estando al lado de mi padre; pero es imposible. Aunque el noble anciano me dijo después de mi boda que siempre estarían abiertos sus brazos para mí, moriríase de dolor al saber los horribles pormenores de mi historia.

Josefina exhaló un suspiro.

Luégo prosiguió:

—¡Cuando nazca mi hijo, ya tendré un ser que me ame y á quien adorar! ¡Pobre niño, hijo del crimen! ¡Qué culpa tiene él de su desgracia!

Hallábase Josefina sumida en estos pensamientos, cuando se abrió lentamente la puerta de la estancia, apareciendo un hombre envuelto en una negra capa.

Era el conde de Massi.

Josefina retrocedió un paso al reconocerle.

Luégo quedóse inmóvil como una estatua.

No parecía sino que la presencia de su esposo habíala dejado petrificada.

Massi cerró la puerta, corriendo el cerrojo.

Luégo se aproximó á la joven.

—Josefina,—la dijo,—vengo á buscaros, porque es necesario que esta misma noche salgamos de aquí.

—Y ¿sois vos,—dijo la hija del doctor con acento severo,—quien se atreve á darme esa orden?

—Soy vuestro esposo.

—Por mi desgracia, lo sé; pero el miserable que ha-

ce de su honor una grosera mercancía, pierde todos sus derechos á los ojos de Dios y de la sociedad.

—¡Josefina!

—Poco me importan vuestras amenazas; sois un infame, y nunca se cansarán mis labios de repetirlo. Todo lo sé; no ignoro que por un puñado de oro me vendisteis. ¿Queréis que después de tal villanía os trate con respeto?

—Josefina, yo no os amaba entonces.

—Si no me amabais, ¿por qué me obligasteis á ser vuestra esposa?

—Hay circunstancias en la vida...

—No hay ninguna, por grave que sea, que justifique la infamia de ciertas acciones.

Massi mordióse los labios de rabia.

Tenía un carácter impetuoso.

De buena gana, cediendo á sus impulsos, hubiera respondido á la joven con sequedad, pero se contuvo.

Era un hombre metalizado, y todo lo sacrificaba, por lo tanto, á su conveniencia.

El marqués de Grimaldi le había dicho que era necesario que se reconciliara con su esposa, y hallábase dispuesto á hacerlo, comprendiendo que obtendría una gran recompensa á cambio de su servicio.

El conde se aproximó á la joven y añadió:

—Josefina, con mucha dureza me tratáis, pero conozco que lo merezco. Triste es que un esposo pierda tan en absoluto como yo la fuerza moral. He sido un

loco, pero estoy completamente regenerado; os amo, y quiero haceros feliz.

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Decídmelas.

—No soy rencorosa, pero no os perdonaré nunca el ultraje que me habéis hecho.

—Yo haré que lo olvidéis á fuerza de cariño y solicitud.

—No lo conseguiréis jamás.

—No, Josefina, vuestra alma es generosa, y debe saber, por lo tanto, perdonar los mayores agravios.

—Los hay de tal naturaleza, que no pueden perdonarse nunca. Además, aun suponiendo que yo olvidase lo sucedido y accediese á vivir á vuestro lado, esto sería imposible.

—¿Por qué, Josefina?

—¿Y me lo preguntáis? ¿No sabéis mejor que nadie en la casa en que me encuentro? Es la morada del príncipe; esto es, del hombre á quien me vendisteis.

—¡Callad, Josefina, callad, por Dios! Bien sé que la culpa de todo es mía; que en vez de cumplir con mi deber guardando un tesoro, le entregué en un momento de locura en manos ajenas; pero, sin embargo, yo me arrepiento de lo que hice, y deseo con toda mi alma que vivamos juntos, olvidando cuanto ha sucedido.

Josefina fijó sus ojos en el conde.

Por un instante creyó en la sinceridad de su arrepentimiento.

No obstante, acordóse de que iba á ser madre, y le dijo:

—Lo que pretendéis es imposible de todo punto, tenedlo entendido.

—Será porque no os allanéis á perdonar mi falta, ó tal vez porque os inspire odio.

—Aunque os amase, no podríamos reunirnos.

—Explicaos.

—No; hay cosas en el mundo que no es posible decirlas.

—No comprendo.

—Ni yo puedo explicarme tampoco.

—¿Y si os lo suplico con toda mi alma?

—Ni aun así hablaré. Hay palabras que queman los labios antes de salir de ellos.

Y las mejillas de la joven se cubrieron de un vergonzoso carmín.

El conde estuvo contemplándola algunos momentos, después de los cuales dijo:

—Creo adivinar lo que pretendéis ocultarme; pero á pesar de todo estoy decidido á que dejéis inmediatamente esta casa.

—Os prometo que la abandonaré con gusto, pero sin ir á la vuestra.

—¿Y si lo exijo?

—No debéis hacerlo, y si lo hicieseis, no os obedecería.

Hubo un momento en que ambos guardaron silencio.

Este sólo era interrumpido por los sollozos de Josefina.

Massi pensaba sobre el partido que debía tomar.

De pronto ocurriósele una idea que creyó convencería á su esposa, y reanudando el diálogo, repuso:

—Josefina, al regresar de España me he detenido unos días en Nápoles.

—¡Cuán dichosa era yo cuando vivía en esa ciudad!

—Estuve dudando si hacer á vuestro padre una visita, ó si venirme á Venecia sin verle.

—¡Pobre anciano!

—El nos cree muy dichosos, pues ignora todo lo que ha ocurrido.

—¡Ah! ¿Luego le visteis?

—Sí,—respondió Massi.—Me recibió con la más cariñosa solicitud, y le hice creer que en España esperabais mi regreso.

—¡Ah! ¡Que nunca tenga noticia de lo que ha pasado! El infeliz se moriría de pena.

—Comprendiendo lo mismo, le dije que éramos muy felices y que muy pronto os abrazaría.

—¡Pobre padre de mi alma!

—Toda su aspiración se cifra en tenernos á su lado y vivir bajo nuestro mismo techo.

—¡Deseo irrealizable! - dijo Josefina con tristeza.

—Irrealizable porque vos queréis que lo sea.

—¿Yo?

—Sí, Josefina.

—¡Ah! Por vivir con mi padre me siento capaz de cualquier sacrificio.

—Probádmelo.

La joven vaciló algunos instantes.

—¡Pero si lo que me proponéis no puede ser!

—Hablad, Josefina, hablad.

La hija del doctor inclinó la cabeza sobre el pecho.

Sus mejillas estaban como la escarlata.

Massi se apoderó de una de las manos de la joven.

—Hablad,—la dijo de nuevo con extremada dulzura.

—No, no puedo.

—En ese caso hablaré yo.

Josefina dirigió á su marido una tímida mirada.

—No queréis que concluya esta horrible situación; porque os aterra el estado en que os halláis.

—¡Callad, callad, por Dios!—exclamó, rompiendo en amargo llanto.

—No callo, porque deseo que sepáis que, á pesar de todo, quiero que vivamos juntos; quiero que ese hijo, esa prueba de vuestra desgracia, sea el que constantemente me recuerde la infamia que cometí; y en expiación de mi culpa, yo daré á ese ser mi apellido, para que el mundo no tenga nada que murmurar.

Josefina sentíase ahogada por las lágrimas.

Un nudo estrecho oprimía su garganta.

Parecíale hallarse bajo los efectos de una horrible pesadilla.

—Vamos, - dijo el conde después de un momento.—Os juro que jamás volveré á hablar de este enojoso asunto; pero no nos detengamos. Una góndola nos aguarda.

Y al decir èsto, Massi condujo de la mano á Josefina hasta la puerta.

La joven aun dudó.

Sin embargo, esta vacilación fué breve.

Creía que Massi hallábase verdaderamente arrepentido.

¿Cómo suponer que tratase de hacer un nuevo negocio tan repugnante como el que hizo al venderla villanamente?

Además, Josefina preferia vivir al lado de su esposo, por infame que éste fuese, á ser la manceba de un príncipe.

—¿Vamos?—preguntó el conde de nuevo.

La joven tomó un negro manto que había sobre una silla, se lo puso, y dirigióse hacia la puerta.

El conde había logrado vencer su obstinación.

Los esposos bajaron la escalera de mármol que conducía al zaguán.

Al salir de éste dirigiéronse hacia una góndola que esperaba.

Josefina estaba temblorosa.

¡Eran tantas las emociones que había recibido en el corto transcurso de algunos días!

—Pasad,—dijo el conde, después de haber penetrado en la góndola.

Y alargó su mano á la joven.

Ésta obedeció.

Algunos instantes después, la elegante barquilla se deslizaba con rapidez sobre las aguas.

Durante el trayecto, los esposos guardaron el más profundo silencio.

Massi no apartaba sus ojos de la joven.

—¡Cuán hermosa es!—decíase.—Pero á pesar de sus encantos no la cambiaría por mi amada Felisa.

Al siguiente día de los sucesos que hemos referido, Josefina y su esposo se embarcaron en un gallardo bergantín que dirigíase hacia Nápoles.

Poco tiempo había estado la joven ausente de la ciudad en que nació; pero su corazón aceleró las palpitaciones al descubrir la costa napolitana.

Por un instante hasta olvidóse de sus penas.

¡Había sido tan dichosa mientras vivió al lado de su padre!

Su existencia deslizábase entonces como la corriente de un manso arroyuelo.

¡Qué contraste tan poderoso, comparándole con el que tuvo en los últimos meses!

Josefina y Massi desembarcaron en las playas de Nápoles.

Inmediatamente se dirigieron á casa del doctor Montalbi.

Imposible es describir la alegría que experimentó el anciano al abrazar á su hija.

Creíala dichosa.

Verdad es que la joven hacía grandes esfuerzos para aparentar que lo era.

—¿Qué necesidad tiene mi pobre padre de saber las desgracias que me han ocurrido? – pensaba Josefina.

Y cuantas veces la hacía su padre alguna pregunta respecto al comportamiento del conde, respondíale:

—Es excelente, y me hace muy feliz.

—¡Gracias á Dios por haber escuchado mis preces! —exclamaba entonces el anciano, satisfecho de haber labrado la dicha de su hija.

¡Cuán equivocado se encontraba!

Pasó algún tiempo, y Josefina fué madre de un hermoso niño, que recibió en la pila el nombre de Rogelio.

El príncipe don Carlos, después de ser rey de Nápoles, vino á serlo de España; y el conde de Massi, que era uno de sus más serviles cortesanos, acompañó al monarca á su nuevo reino.

El anciano doctor murió, legando su fortuna á sus nietos, creyendo siempre que su hija gozaba de una felicidad infinita.

Esta fué la historia que la atribulada Josefina, al

ver en peligro de muerte á su hijo, recordó al monarca.

La violencia que tuvo que hacerse para dar este paso puede calcularse con sólo saber que no había vuelto á hablar con el rey desde la víspera de su partida de Venecia.

Mediaron casi veintiún años sin que entre aquellas dos personas se cruzase ni una sola frase.

El rey salvó á Rogelio, como ya saben nuestros lectores, y la condesa de Massi abandonó el regio alcázar, resuelta á no pisarle más en su vida.

Dados ya estos antecedentes, volvamos al encuentro de Juan de Zúñiga, á quien abandonamos en el momento en que, ya libre, repasó las puertas de su prisión su amigo Rogelio.

CAPITULO LII

La noche triste.

JUAN de Zúñiga no tuvo otra manera mejor de emplear el tiempo que irse á cenar con los oficiales con quienes había apostado.

Les refirió con la mayor naturalidad del mundo la aventura á que debía Rogelio su libertad, cosa que dejó admirados á todos.

Y había para admirarse.

Rogelio había cometido un parricidio, frustrado, es cierto, pero no por su voluntad.

Aun cuando esperaban que por honor del uniforme que vestía, lo mismo que por su clase, se le ahorraría la infamia del patíbulo, estaba en la conciencia de to-

dos que se le obligaría á suicidarse, único modo de satisfacer la vindicta pública sin herir susceptibilidades.

Pero Juan había afirmado lo contrario, y lo que afirmaba Juan se cumplía.

Nadie esperaba aquel resultado.

Al oir al joven afirmarlo con tanto seguridad, todos le tomaban por un visionario, un loco.

El mismo Estrañi, con todos sus buenos deseos y su ciencia infernal, desconfiaba de su papel de diablo en aquella ocasión.

Todos, incluso el reo, temían un desenlace fatal en aquel asunto.

Unicamente Juan estaba tranquilo.

Antonio, que tenía motivos de confiar en el diablo, dudaba; y al ver la tranquilidad de su amo, no podía menos de decirle:

—¡Bien se conoce que no estáis con el dogal al cuello como ese pobre joven! A lo menos debíais demostrar algo de compasión para que la amistad no se resintiese. ¡El diablo, me decís! Hay cosas que el diablo no puede trastornar con todo su poder, y ésa es una de ellas.

A todo lo cual el joven alférez se encogía de hombros y contestaba:

—¡Eres un imbécil!

Por eso aquella noche, cuando se presentó Juan en el lugar de la cena anunciando la libre absolución de Rogelio, todos creyeron que aquella era una mentira, con la que trataba de ocultar su falta de dinero.

Nadie le daba crédito, hasta que apareció uno de los convidados diciendo:

—Zúñiga tiene razón: he visto á nuestro compañero Rogelio jinete en un buen caballo, que se dirigía á despedirse de su familia.

—¡Conque es verdad!—exclamaron todos.

—¡No os he dicho que le he visto!

—¡A despedirse! ¿Luego parte?

—Sí.

—¿Adónde?

—El mismo lo ignora. Parece que tal ha sido la voluntad del rey.

En efecto, al salir de la prisión, Estrañi le había dicho estas palabras:

—Vuestra madre os espera: es la encargada de poner punto final á este sombrío asunto.

Y Rogelio no se lo hizo repetir, partiendo en seguida para la granja de los Tilos.

Era un fantasma que rasgaba las tinieblas en un caballo negro como una maldición; uno de aquellos fantasmas de la noche, que salía del cementerio para asistir á la gran danza macabra en uno de los sombríos parajes de la selva negra, haciendo chispear los guijarros del camino.

Josefina acababa de llegar; su estado era horrible..., más horrible aún que por la mañana.

Al partir lloraba solamente; cuando volvió, reía; pero su risa era siniestra.

Rogelio se alejaba tal vez para siempre de la granja de los Tilos.

La alondra entonaba su primer gorjeo.

Era una despedida.

¡Acaso nunca más le daría el saludo!

CAPITULO LIII

Por Zúñiga y contra Zúñiga.

LLO es que Juan de Zúñiga se separó aquella noche de los oficiales sus compañeros con una terrible reputación de brujo.

Y tanto fué así, que alguno de ellos, al darle la mano en la puerta de la hostería, le preguntó, pero formalmente:

—¿Llegaré yo á general?

Antonio estaba encantado, y tenía á grande honor servir á aquel amo que estaba en relaciones con Satanás.

Pero era cuando bebía vino, cuando su razón se turbaba, cuando no estaba muy seguro de que dos y dos siguiesen siendo cuatro, como probaban los más primitivos rudimentos de la aritmética.

Entonces daba al diablo al prior de los jerónimos, con todos sus exorcismos y todos sus castigos.

Y hasta pensaba en escribir á Arévalo para que le erigiesen una estatua, aun cuando esto no estaba en moda en aquella época.

Pero cuando recobraba la razón era otra cosa.

Él se consideraba como un satélite de un astro maldito.

Servía voluntariamente á Lucifer, puesto que era criado de quien conservaba con él tan buenas relaciones.

Creía de buena fe que su alma andaba en vías pecaminosas.

Y no tenía nada de extraño verle entrar en alguna iglesia para pedir á Dios perdón de aquella culpa que tenía que agradecer á su miseria.

Pero éste era un pretexto.

¿Por qué no buscaba otro amo?

¿No los había en guardias valonas que no se relacionasen con el diablo?

Salía del templo con esta idea salvadora.

Ya nada tenía que temer por su alma; se sentía capaz... hasta de volver á los jerónimos del Prado, y hacer pública protestación de sus errores.

Pero solía suceder que se encontraba con el criado de algún oficial, y si estaba en fondos, le convidaba á vino.

Entonces á sus doctrinas católicas se sobreponían las infernales, y reconocía que el amo mejor que puede escoger un glotón de Arévalo es aquel cuyas relaciones con Satanás sean más estrechas.

Al día siguiente, en la guardia de palacio no se hablaba más que del lance de la noche anterior, y del poder diabólico que se atribuía á Zúñiga.

Este, que estaba libre, fué por la tarde á hacer una visita á sus compañeros.

Se enredó un rato de *sacanete* en el cuerpo de guardia, y á pesar de sus buenas referencias satánicas, quedó sin un real de á ocho.

Los oficiales empezaron á darle *vaya;* pero él se encogía de hombros, exclamando:

—¿Creéis que me voy á ir de aquí sin limpiaros los bolsillos?

—¡Pero cómo, infeliz, si has perdido ya tu paga de este mes y la del próximo! ¿Piensas jugar á crédito?—le preguntaban.

—No.

—Entonces, ¿de qué modo vas á ganarnos?

En aquel momento acertó á llegar su criado Antonio, el cual le buscaba para entregarle una carta urgente.

—¡Apuesto á que es dinero!—dijo el joven rompiendo el sobre.

En efecto, era la cuenta del dueño de una hostería,

que, próximo á emprender un viaje, realizaba fondos.

Es decir, quería realizarlos.

Los oficiales prorrumpieron en sonoras carcajadas.

Juan se rascó la oreja.

Este ademán era propio en él siempre que iba á tomar alguna grave resolución.

Encarándose con su criado, le preguntó:

—¿Tienes dinero?

Antonio sacó una peseta, dando un suspiro.

El alférez se acercó al que manejaba la baraja, exclamando:

—Con esto se puede hacer fuego.

—Pues adelante.

Empezó la partida.

Juan se reía porque ganaba.

Su mala suerte anterior se había trocado en buena.

Y no tan solamente recuperó lo perdido, sino que al poco tiempo el dinero de sus camaradas cambió de bolsillo.

Juan, al cobrar las monedas, devolvía las chanzonetas de que antes le habían hecho objeto.

Y las devolvía con usura.

El buen humor le inspiraba las frases más felices, con las que mortificaba á los que le habían mortificado.

¿Por qué desconfiar del diablo, cuando éste siempre le acorría en sus momentos de apuro?

Aquello duró poco.

La bolsa del alférez estaba ya llena de monedas de plata, y no había que jugar.

Juan se levantó orgulloso, y arrojó la baraja, exclamando:

—Convenceos de que no podéis conmigo de ninguna manera.

Y salió.

Estaba anocheciendo.

Al cruzar por uno de los patios del alcázar, apercibió una sombra que le abordaba, y una voz harto conocida le dijo:

—Amigo, venga mi parte..., la parte del diablo.

El joven sintió frío en el corazón; pero exclamó, procurando conservar su serenidad:

—¡Es muy justo!

Y puso en manos de aquél algunas monedas, procurando no tocar su epidermis por no abrasarse.

La sombra desapareció.

—¡Pardiez! —exclamó el joven un tanto meditabundo.—Yo conozco á alguien que se parece al diablo..., aunque no puedo decir quién.

Un joven teniente de la guardia, que pasaba á su lado, y que oyó estas palabras, replicó:

—¡Puede que queráis embaucaros á vos mismo con esa opinión de vieja beata!

—Y aunque así fuera,—le contestó el joven algo picado,—más vale que me engañe á mí mismo que no á los otros.

—Es verdad, si sucediera así.

—¿Conocéis á alguno que tenga ese motivo de queja?

—Sólo sé que esta tarde vuestra suerte ha sido algo sospechosa en el juego.

—Joven, empleáis algunas palabras que no suenan bien en oídos honrados...; y tratándose de mí, sólo admito que la suerte sea buena ó mala, pero de ninguna manera sospechosa.

—Tampoco trato de daros gusto al hablar.

—Achaque de necios es ése, cuando hablar bien cuesta tan poco.

El joven levantó la mano ante aquel insulto; pero Juan le esperaba ya con el acero desenvainado.

Al ruido de la disputa acudieron algunos guardias, y una ronda que hacía el servicio interior con una linterna.

—¡Cómo!—exclamó el oficial.—¡Tirar de la espada en la casa del rey, no siendo en su servicio!

—Yo vengo el insulto donde me lo hacen, y creo que hasta el templo es bueno para que lave un hombre su honra, - exclamó Juan, ciego de ira, cayendo sobre su adversario.

La ronda trató de intervenir; y tal vez aquello no hubiera tenido consecuencias, á no haber pasado por allí el coronel de guardias, el cual, enterado de lo que pasaba, dispuso el arresto de los dos contendientes en el cuartel.

Estrañi, que había presenciado el lance, lo refirió aquella noche en el cuarto de la reina.

La noticia causó sensación.

Juan de Zúñiga pasaba por un personaje de novela en aquel aristocrático círculo femenino, á causa de su aventura infernal delante del convento de los jerónimos, y todo lo que se relacionaba con aquella fe ciega que tenía el joven en el diablo, divertía en gran manera á las damas.

Éstas formaban dos grupos, uno de ellos algo más separado de la reina, donde se comentaba el hecho de la libertad de Rogelio con absoluta prohibición de presentarse en la corte.

Cuando llegó el doctor Estrañi, haciendo el relato de lo sucedido en el patio de palacio, todos le rodearon, pidiéndole hasta los menores detalles.

—Pues ahora,—dijo la reina,—de poco va á servir á vuestro protegido vuestro diabólico poder, porque el rey es inflexible en materia de duelos, y habiendo tenido lugar el lance dentro del mismo palacio...

—Sin embargo, él confía siempre en mí,—repuso el doctor, —y cuando caminaba hacia el cuartel iba diciendo: «¡Bah! El diablo se cuidará de mi persona.»

—No dudo, —añadió María Amalia, —que ese joven haga todas las calaveradas posibles, fiándose ciegamente en tan buen padrino.

La duquesa de Medinaceli, que lo había oído todo en silencio, exclamó:

—¡Siento el percance! ¡Yo, que había pensado en invitarle para el baile que voy á dar dentro de tres días!...

—¡Y á fe que nos divertiríamos, pues en nombre del diablo podía jugársele alguna broma!

La joven condesa de la Estrella, que se interesaba en todo lo que hacía relación á Zúñiga, exclamó:

—Como la invitación fuera un hecho, yo estoy segura de que ese joven asistiría á la fiesta.

—¡Cómo! - exclamaron algunas.

—Rompiendo el arresto.

—Eso es imposible, condesa,—dijo el doctor.

—Para otro que no fuera él, desde luégo.

—¿Le creéis capaz, condesa?—preguntó la reina sonriéndose.

—Le creo capaz de todo lo que sea difícil y arriesgado.

—¡Imposible! - dijeron algunas damas.

—Pues no tengo inconveniente en apostar el primer minué en pro de lo que digo.

—¡Escaparse y presentarse en público!—exclamó la duquesa. —Repito que con toda su buena fortuna no lo intentará.

—Pues apostad, duquesa.

—Y ¿qué es lo que pierdo, si pierdo?

—No bailar en toda la noche.

—Pues... acepto,—dijo la dama.

Las demás batieron palmas.

En aquel momento se dividieron en dos bandos, que capitaneaban la duquesa de Medinaceli y la condesa de la Estrella.

Era más numeroso el de aquélla; porque, en efec-

to, romper un arresto para hacer exhibición de su persona, sólo podía intentarlo un loco.

—Antes de proceder á nada,—dijo la duquesa,—debemos contar con el permiso de su majestad.

—Os le concedo, aunque debería negároslo,—contestó María Amalia,—y con ello daba una prueba de benevolencia á ese pobre joven á quien tratáis de comprometer.

—Después de todo, no irá.

—No le conozco apenas,—replicó la condesa de la Estrella;—pero desde luégo creo que su carácter caballeresco no le hará desatender la invitación de una dama.

—¡Pobre mancebo!—repuso el doctor.

—¿Dónde está arrestado?

—En el cuartel de guardias.

—Pues yo haré que mañana mismo reciba mi invitación.

—Una idea me ocurre, que ha de obligarle, y debo ponerla en planta, puesto que yo soy la que apuesto por él; me parece que esto es admitido por legal.

—¿En qué consiste vuestra idea?

—En acompañar á la invitación una carta anónima, donde se le diga que hay quien duda de su asistencia y apuesta en contrario.

—¡Bravo! ¡Bravo! Esto le obligará más.

Entre tanto la reina preguntaba á Estrañi:

—¿Qué opináis, doctor? ¿Creéis que ese joven sea más loco que las que le invitan?

—Creo que asistirá á la fiesta, señora.

—En ese caso, yo también creo que, de no ser fusilado antes, llegará á general.

—Todo es posible con hombres del carácter de Juan de Zúñiga.

El episodio terminó aquí.

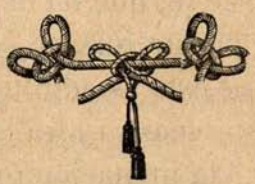
Era la hora en que la reina acostumbraba á retirarse.

Las damas se despidieron.

Al tomar sus respectivos carruajes en la puerta de palacio, la duquesa y la condesa se estrecharon las manos, diciéndose respectivamente:

—¡Por Zúñiga!

—¡Contra Zúñiga!



CAPITULO LIV

En donde Antonio sienta plaza sin pensar en ello.

UESTRO joven, ignorante de lo que pasaba en palacio, dormía á la sazón, despues de haber cumplido estrictamente sus deberes.

Esto es:

Primero maldijo al tronera que le tenía allí, siendo causa de todo con sus palabras injuriosas.

Después, como buen enamorado, pensó un poco en Adelina.

Aquella mañana estuvo en la granja de los Tilos, teniendo el sentimiento de saber que su amigo Rogelio había partido sin poder estrechar su mano.

—Lo principal es que haya recobrado su libertad, —

dijo.—No dudo de que, pasado algún tiempo, el rey le llamará á la corte para que ocupe en ella el puesto que le corresponde.

Cuando leyó el papel en que Rogelio le recomendaba á su madre y á su hermana, exclamó enternecido:

—¡Eso tengo que agradecerle! ¡Se acuerda de mí para encomendarme lo que más amo! Juro no hacerle traición.

Sólo que por la noche, en la soledad de su encierro, decía:

—¡Pardiez! ¡Buen modo tengo de cuidar de los demás, cuando no sé cuidar de mí mismo!... En fin, ¡el diablo sea conmigo! A bien que si me oyera Antonio, hubiera hecho ya la cruz con todos los dedos de sus manos.

Al día siguiente se presentó su criado, que llevaba el almuerzo, y muy malas noticias.

Juan, que comía con regular apetito, al ver el semblante compungido de aquél, no pudo menos de preguntarle la causa.

—¡Ah señor!—contestó el melancólico criado.—¿Cómo queréis que esté alegre viendo lo que os pasa?

—Pero, imbécil, ¿crees que van á quitarme la vida por tan poca cosa?

—Desde luégo que no; pero...

—Pero ¿qué?

—Corren muy malas noticias...

—¿Respecto de mí?

—¡Pues claro!

—¿Qué dicen?

—He oído referir un caso semejante al vuestro... de un oficial que también sacó la espada en palacio...

—Y ¿qué?

—Que fué destinado á América, donde murió de...

—¡Tanto mejor!

—¿Es posible que penséis de esa manera?

—Así me procuraban el placer de acompañar á mi amigo Rogelio.

—¡Dios sabe dónde iríais á parar!

—¡Bah!

—Además, he oído decir que en América hace un calor espantoso...

—Bien; sudaríamos.

—Que hay animales más feroces que los de Europa, y plantas cuya sombra causa la muerte.

—Yo me río de esos peligros

—¡Ya, ya sé que os reís de todo, señor!

—Pero, imbécil, ¿no cuentas para nada la protección del diablo?

—¡Jesús, María y José!

—En fin, no me rompas la cabeza con tristes augurios; sea lo que quiera, me tiene sin cuidado mi suerte futura.

Este diálogo fué interrumpido por un guardia que

cuidaba de los arrestados, el cual entregó á Zúñiga dos pliegos que acababan de dejar.

—¿Para mí?—preguntó el joven, que no tenía correspondencia con nadie.

—Sí, señor.

Uno de aquellos pliegos estaba blasonado.

Pero Zúñiga no había tenido tiempo de estudiar heráldica; así es que no pudo adivinar á qué casa correspondían aquellos cuarteles.

Para él le era enojoso ocupar el suyo de aquella manera.

Roto el sobre, quedó asombrado al pasar sus miradas por aquel escrito.

Era una invitación para el baile que de allí á dos días daba la duquesa de Medinaceli, en la que le rogaba que *honrara su casa con su presencia.*

Zúñiga tuvo que leer el pliego varias veces para convencerse de que no soñaba.

Pero no era posible dudar: allí estaba su nombre bien claramente escrito.

¡Invitarle á él una dama tan principal, á quien sólo conocía de verla entrar y salir en palacio, no habiendo llegado el caso de cambiar la palabra con ella!

A menos que invitase á todo el regimiento de guardias, en cuyo caso el convite ya no tenía tanto de particular.

También su criado estaba absorto. Hasta entonces no creyó, no sospechó nunca que servía á un personaje, pues era preciso serlo para asistir á tales fiestas.

Indudablemente aquello era hijo de la protección del diablo.

Cuando estaba en el convento, nadie se acordaba de él, como no fuera su tío para castigarle.

Desde que Satanás le había tomado á su cargo, le pasaban cosas verdaderamente extraordinarias.

Era tal la emoción que le preocupaba, que llegó hasta olvidarse del otro pliego que tenía aún en la mano.

Antonio se lo advirtió, y Zúñiga llegó á creer que también le invitaban para alguna fiesta extraordinaria que debía darse en la luna.

Aquel pliego decía lo siguiente:

«En vuestra situación es casi imposible que podáis »aceptar la invitación de la duquesa; pero conste que »una dama principal ha apostado á favor vuestro: ¿la »dejaréis mal?»

Juan dió un fuerte golpe en el entarimado del aposento con el tacón de la bota.

—¡Pardiez!—exclamó.—¿Qué significa esto? ¿De qué se trata? Las damas más principales me toman y me dejan á su antojo, sin que yo sepa el motivo. ¿Qué interés hay en que vaya al baile ó deje de ir?

Antonio exhaló un profundo suspiro, exclamando:

—¡Qué lástima, señor!

—¿Qué?

—Que no podáis asistir á ese baile. ¿Quién sabe el partido que podríais sacar?

—Pero ¿tú crees que no voy á asistir?

—¡Pardiez!... ¿Y cómo?

—¡Cuando una dama se interesa por mí..., es decir, cuando tiene empeño en que asista!

—¡Quién sabe si apuesta en falso, constándole que no asistiréis!

—¡Que no! ¡Estaría bueno!

—¡Pues no veo cómo!

—Ni yo tampoco..., pero lo veré más adelante, no te apures.

—No creo que el diablo pueda transformaros en mosca, ó en ráfaga de aire, para que os coléis por la cerradura...

—¡Quién sabe!

—¡Bah!

En aquel momento se abrió la puerta, apareciendo en la estancia el oficial de guardia.

Llevaba un papel en la mano, doblado en cuatro partes, como el que acababa de recibir Zúñiga.

Encarándose con éste, le dijo:

—Caballero alférez, ¿queréis prestarme atención á lo que voy á leeros?

—¿Por qué no? Estoy á vuestra disposición.

El oficial leyó lo siguiente:

«El alférez de guardias valonas don Juan de Zúñi-»ga, que sufre hoy la pena de arresto, está interesado »en abandonar su prisión en la noche del 10 de Sep-»tiembre, por más que, como hombre de honor, vuel-»va voluntariamente á su encierro apenas amanezca.

»Os lo avisa una persona que tiene motivos para »saberlo.»

Aquí terminó la lectura; pero el oficial prosiguió:

—Abrigo la idea de que un anónimo encierra siempre algo de verdad; en este caso, apelo á vuestro honor.

—Pues bien: mi honor, á que nunca se apela en vano, me manda no engañaros. Es cierto cuanto os denuncian en ese documento.

—En ese caso, no extrañaréis que tome mis medidas.

—No tan solamente no lo extraño, sino que os lo aconsejo. La persona que eso escribe me conoce bien, como lo demuestra al aseguraros que yo volveré así que desempeñe mi cometido.

—Pero es que no saldréis.

—Tengo la pretensión de disgustaros en ese punto.

—Mi servicio concluye mañana por la mañana. No obstante, al dejar el cuartel trasladaré este escrito al oficial que me sustituya, para que esté alerta.

—Y haréis muy bien: no creáis que se trata de una baladronada; pero por mucho que vos ú otro me guarde, yo me escaparé cuando lo crea necesario.

El oficial se retiró.

Aquel escrito, como habrá adivinado el lector, era una precaución que tomaba la duquesa de Medinaceli para no perder la apuesta.

Poniendo en guardia al oficial, inutilizaba todo lo que Zúñiga pudiera intentar.

—Afortunadamente, —dijo éste, —tengo dos días para madurar mi plan.

Antonio se echó á reir, con muy poco miramiento por cierto.

Su amo le miró con lástima.

—Vete,—le dijo.—Ya no me haces falta.

Cuando aquél desapareció de la estancia, Zúñiga se tendió sobre el lecho, abrigando el principio de que no hay mejor consejera que la almohada.

Llegó el día 10, día crítico en que debía redoblarse la vigilancia en el cuartel.

Por la mañana, á la hora de costumbre, acudió el criado con el almuerzo.

Juan comió como si tal cosa, si bien estuvo menos locuaz que otros días.

Parecía absorto, distraído con una idea.

Antonio le miraba de un modo socarrón, propio de los glotones de Arévalo.

El joven alférez hizo como que nada advertía, por más que no se le escapó aquel ademán de Sancho después de la aventura de los molinos.

Terminado el almuerzo, y cuando aquél iba á partir, le dijo Juan:

—Cuidarás de tener bien cepillado y dispuesto el uniforme de gala para esta noche.

—Creo que no le habéis de ensuciar, señor,—contestó Antonio, como se da la razón á un loco.

—Eso no es cuenta tuya: lo principal es que yo le halle listo cuando le busque.

—Está bien.

—No quiero cenar hasta las ocho.

—Generalmente lo hacéis á las siete.

—Pues bueno, hoy lo retrasaré una hora.

—Sea á las ocho.

—Supongo que aun te quedará dinero de las ganancias del otro día.

—¡Pícaras ganancias! ¡Por ellas estáis aquí!

—¿Te queda, ó no?

—Me queda.

—Deseo cenar esta noche con vino de Jerez.

—Tendréis una botella..., y creo que es el mejor partido que podéis tomar: el vino os proporcionará un buen sueño.

—Eso es cuenta mía; tú no has de dormir por mí. Conque en marcha, y no se te olvide lo que te he dicho; sobre todo, el uniforme.

Antonio le miró con lástima, y partió, diciendo:

—¡Pero, Dios mío, es posible que mi señor piense en transformarse en pájaro!

Zúñiga volvió á tenderse en el lecho.

A medida que avanzaba la tarde, aumentaba la vigilancia en el cuartel.

Aquella era la noche escogida.

El alférez no había querido dar palabra de honor de no escaparse, lo cual tenía intranquilo al oficial de guardia.

Al dar las ocho llegó Antonio con la cena, con la puntualidad de un cronómetro.

Tuvo que tocar á su amo dos ó tres veces en el hombro, porque dormía, al parecer.

Antonio se tranquilizó, teniendo por imposible que un hombre que dormía de aquel modo pensara en escaparse.

El joven comió y bebió mejor que ninguna noche.

El vino de Jerez pareció ponerle comunicativo: es un licor que, con razón, alcanza el nombre de generoso.

Terminada la cena, y viéndole en tan buen tenedero, Antonio se creyó autorizado para gastar la chanza siguiente, que por cierto era de muy mal gusto:

—Señor, el uniforme de gala os espera en vuestra habitación. Supongo que no iréis á buscarle.

—Bien; dejemos eso, y vamos á otra cosa,—dijo el joven, como si aquella chanza le disgustara.

—¡Gracias á Dios!—exclamó Antonio, creyéndole curado de su manía de evadirse.

—Dime,—prosiguió aquél,—¿estás contento de mi servicio?

—¡Cómo, señor! ¿Pensáis despedirme?

—Digo si estás ó no contento.

—¿No lo he de estar..., si más bien que como criado me tratáis como no trataríais acaso á un camarada?

—Lo celebro, Antonio, pues veo que eres un hombre agradecido.

—El agradecimiento es en mí una obligación.

Lit. J. M. Mateu Barquillo 6. Madrid

_Desnudate.

—¿Es decir que si yo exigiera de ti un pequeño favor, te apresurarías á otorgármele?

—¿Podéis dudarlo?

—Pues bien: ha llegado la hora de que me pruebes tu agradecimiento: desnúdate.

Antonio retrocedió casi espantado; lo que oía era extraño; tan extraño, que creyó que había oído mal, ó que su amo estaba loco.

Sin embargo, hablaba con formalidad; y para que cualquier duda desapareciese del ánimo de su criado, fué más explícito, diciéndole:

—Oye, Antonio; hé aquí de lo que se trata..., de que yo esta noche luzca el uniforme de gala de la guardia valona en el baile de la señora duquesa de Medinaceli.

El criado aun se manifestó más sorprendido: ya hemos dicho que creía al joven alférez curado de aquella manía.

Pero así y todo, ¿qué tenía que ver su evasión para que él se desnudase?

Juan fué mucho más explícito aún, añadiendo:

—Como para vestir yo el uniforme es preciso que salga de aquí, y como no me dejarían salir si me conocieran, es preciso que cambiemos de traje; tú te quedas aquí, y yo me voy á mi casa...; pero descuida, que mañana al amanecer vengo á redimirte de tu esclavitud.

Antonio por un movimiento puramente maquinal, se dirigió hacia la puerta; tal vez iba á pedir auxilio.

Pero su amo no se movió.

Unicamente dirigió la mano á una pistola que tenía oculta bajo la almohada, diciendo con la mayor tranquilidad:

—¡Supongo que no me pondrás en el caso de pegarte un tiro!... Porque entonces yo no saldría de aquí, pero tú tampoco: te sacarían.

Señor, ¿es posible que deis en semejantes locuras? —dijo Antonio temblando.

—Ya lo ves que sí. . Y te advierto que no tengo tiempo que perder.

—¡Si me descubren!...

—Te descubrirán indudablemente; pero no creas que por eso te ahorcarán.

—Yo os suplico...

—Vamos, señor remolón, acabemos de una vez, á menos que prefiráis que yo no vaya al baile, y que os tumbe aquí como un conejo.

Antonio empezó á desnudarse, y Juan también; solamente que aquél tenía menos prisa.

Pero le veía decidido á todo, y el mozo decía para sí:

—¡Nada me importa que él no vaya al baile, si á mí me aloja una bala en la cabeza!

Después trató de emplear otro medio, pintándole los riesgos á que se exponía si era descubierto.

Pero Zúñiga sólo se acordaba de que había una

dama que, contando con su audacia, había apostado por él, y esperaba que se hiciera visible en el baile.

En aquel momento su amor cedía el puesto á la vanidad, y no pensaba en la pobre Adelina, sin que esto sea decir que no la amase.

Amo y criado iban cambiando las prendas de su traje.

Cuando todo estuvo concluído, Juan aconsejó al atribulado mozo, convertido de repente en alférez de guardias, que se tendiese en el lecho, haciéndose el dormido, y no contestando si le llamaban.

Aquella fué una de las ocasiones en que echó de menos su plaza de hermano lego en el convento de jerónimos del Prado.

Juan asió la cesta donde iba todo el servicio de la cena, se la colgó del brazo, é imitando el paso tardo y torpe, y las maneras toscas de su criado, salió al patio del cuartel, atravesó el zaguán y pasó por delante del centinela, gruñendo algo que se parecía á una salutación.

Cuando se vió en la calle, no pudo menos de exclamar:

—¡Ahora que el diablo venga en mi ayuda!

CAPITULO LV

Zúñiga en Oriente.

ABÍASE concertado hacía algún tiempo el doble matrimonio de la infanta María Luisa de España con el archiduque Pedro Leopoldo de Austria, y el del príncipe de Asturias don Carlos con María Luisa, hija de don Felipe, duque de Parma.

Verificado el primero de aquellos casamientos, turbó la alegría general de todos la repentina muerte del emperador Francisco.

También fué causa de que se aplazase el otro por igual desgracia acontecida al duque de Parma.

Pero como la razón de Estado se sobrepone á los

lazos de familia y al sentimiento natural, cuando existe, la boda del príncipe de Asturias se verificó á los dos meses, esto es, el 4 de Septiembre, en el real sitio de San Ildefonso.

Ambos enlaces se solemnizaron algunos días después en Madrid con esa magnificencia que usan los pueblos cuando meten el pie en el borceguí del tormento.

Nunca es el pueblo más pródigo de su dinero que cuando se trata de complacer á los nuevos amos que se impone.

Las ranas pidiendo rey no pasará nunca de un bellísimo apólogo que se aprende en la escuela y que se olvida luégo.

Hubo, como acontece en tales ocasiones, vistosas iluminaciones, fuegos artificiales, banquetes espléndidos, costosas y magníficas comparsas, sin que faltara lo que hemos dado en llamar *fiesta nacional;* esto es, corridas de toros en la plaza Mayor, serenatas, bailes y funciones de teatro, á cuyo fin se contrataron en Francia é Italia bailarinas y cantantes.

La munificencia real también se distinguió, concediendo multitud de mercedes á los personajes de la corte y sus allegados, no siendo los que menos participaron de ellas los ministros marqueses de Grimaldi y Esquilache.

A esto obedecía el baile que daba la duquesa de Medinaceli en honor de los jóvenes esposos, y al que

estaba especialmente invitado nuestro conocido Juan de Zúñiga.

Desde las nueve de la noche, el trecho que hoy es conocido por plaza de las Cortes empezó á estar invadido por multitud de curiosos y por los carruajes que acudían de la villa, conduciendo á los invitados, yendo á esperar luégo la hora de salida en las arboledas del Prado de San Fermín.

El vetusto palacio que forma esquina con la calle de Trajineros estaba resplandeciente de luz; se había remozado, porque entonces era ya viejo.

Lo apacible de la estación hacía que casi todos sus balcones estuviesen abiertos, viéndose á un enjambre de criados que corrían de un lado á otro para las necesidades del servicio.

Las habitaciones principales donde se celebraba la fiesta daban al jardín, que estaba iluminado *á giorno*.

Las aves revoloteaban de árbol en árbol, extrañando acaso que para ellas la noche fuese tan corta.

Porque aquello era una aurora con todos sus resplandores.

La fiesta, espléndida de por sí, ofrecía una novedad.

Era un baile de trajes, que aunque común en aquel tiempo, siempre causaba efecto.

Esto hacía que hubiese en la calle muchos curiosos, como hemos dicho, con el fin de ver bajar de los carruajes á damas y caballeros.

El pueblo se contenta con poco, aunque no siempre

Algunas veces, muy pocas, digámoslo en obsequió de su paciencia, suele tomar la parte del león.

También era parte á que la vía pública estuviese concurrida la noticia de que los reyes y los recién desposados asistirían á la fiesta.

Así sucedió, en efecto.

Sólo que estuvieron poco tiempo, y sólo por honrar á la galante duquesa.

Sus majestades y altezas salieron de allí á las once, después de bailar una gavota y tomar una ligera refacción.

Con esto los convidados quedaron más á sus anchas, pues la etiqueta siempre es una rémora para la diversión.

Había cuadrillas vistosas y trajes de un gusto artístico, realzado por la riqueza, algunos de los cuales valían una fortuna.

Desde las primeras horas de la noche los salones de entrada eran un punto de observación para las damas palaciegas que componían la tertulia de la reina.

María Amalia tuvo también la bondad de acordarse de la apuesta, y después de recorrer los salones, agasajada por la duquesa, le dijo:

—Me parece que no está completo el número de tus convidados.

—¿Echa de menos vuestra majestad á alguno que haya quedado en venir?—le preguntó la dama.

—No veo al joven alférez de guardias valonas...

—Acaso el diablo no haya podido levantarle el arresto.

—Os engañáis, duquesa, —dijo Estrañi, apareciéndose á la sazón y saludando.

—Pues ¡cómo!—exclamaron á la vez las dos damas.

—Acabo de verle entrar en este momento.

—¡Qué decís!... ¿Acaso ha logrado?...

—¿Escaparse? Es indudable.

—¡Esa imprudencia puede costarle cara!—dijo la reina.

—Señora, se trataba de una dama que había apostado por él, y no ha querido dejarla mal.

—En efecto, ese joven debe tener algo que ver con Satanás.

—Pues juro que por esta noche el diablo no le ha ayudado en su evasión,—dijo el doctor con gravedad cómica.

En aquel momento Zúñiga se presentó en la puerta del salón.

Juan había subido por la gran escalera de artesonados de cedro fileteado de oro, lo mismo que por la escalera de su casa.

Era la primera vez que asistía á reuniones por el estilo; sin embargo, parecía haber nacido entre ellas ó para ellas.

Aun cuando todo lo que veía era nuevo para él, no le causaba efecto.

Parecía el primogénito de la casa entrando en su palacio.

Algunos de los muchos que ignoraban las circunstancias que le habían llevado allí, le miraban por encima del hombro, exclamando:

—Pero ¿qué es esto? ¿Con quién nos obliga á alternar la duquesa? ¿O es que ese joven se ha equivocado, tomando esta casa por el cuartel?

Pero las miradas de Juan eran altivas, y hacían enmudecer muchas bocas.

Juan iba guiado hasta allí por su afición á las aventuras.

De alguna se trataba, en efecto, cuando figuraba entre los convidados de la duquesa en tan extrañas circunstancias, y esperaba que alguna sibila, desconocida aún, abriese la boca para revelarle el secreto.

Así que llegó al primer salón, le detuvo un grito de asombro, lanzado por ocho ó diez gargantas femeninas.

Otras tantas máscaras, caprichosamente disfrazadas, empezaron á palmotear, exclamando:

—¡Aquí está el caballero Zúñiga! ¡El alférez ha roto el arresto!

Juan saludó con un ademán galante: para él, aquello era lo mismo que si le hablasen en griego.

Algunas le cercaron, otras partieron alegremente, sin duda para correr la voz.

Juan iba á proseguir su camino, con la sonrisa en los labios, cuando se le acercó una sultana, que pare-

cía que acababa de salir de alguno de los perfumados palacios de Constantinopla.

Su traje valía una fortuna.

La tela de sus calzones azules era procedente de los telares de Persia; las perlas de sus ajorcas se habían pescado en Guzárate y Colconda, sus corales en Nápoles; el bordado de sus riquísimas babuchas era obra de hadas; llevaba en la media luna de su turbante una piedra, que al reflejar las luces del salón parecía una tempestad de relámpagos.

Pero Juan no reparó en nada de esto.

Lo que únicamente llamó su atención fué una garganta blanca y torneada, unos brazos de purísimo contorno, y una barba que se escapaba por debajo de su careta, que parecía asiento natural de labios enamorados.

—¡Oh qué hermosura!—exclamó el mancebo embelesado.

La sultana le dijo con voz dulcísima:

—¿Por qué has venido?

—Parece que una dama estaba interesada en ello, y no me gusta ser descortés.

—Pero tenías una disculpa: ¿no estabas arrestado?

—Ya ves que era una disculpa cobarde, puesto que estoy aquí.

—¡Oh, gracias!

—¿Eres tú esa dama?

—Te doy las gracias en su nombre.

—Después de verte, no quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Porque de seguro no valdrá tanto como tú.

—¡Lisonjero! ¡Si no me has visto el rostro!

—Pero hay datos encantadores para que adivine lo que no veo.

—En fin, no se trata de requiebros ahora, sino de evitarte un compromiso. Has cumplido como un hombre; vete.

—¡Cuando puedo estar á tu lado un momento, y oirte hablar..., no lo esperes!

—La reina está aquí...; sabe acaso á esta hora que has venido, y tu presencia es un insulto; pudiera mandarte arrestar.

—No haría más que anticiparlo algunas horas, porque al salir de aquí vuelvo á mi encierro; pero tienes razón, no es conveniente que me vea..., no por mí, sino por el brillo de la majestad: aquí no soy más que un rebelde.

—De todas maneras... ¡Oh!... ¡Adiós!

Y la sultana, cortando de repente la conversación, dió media vuelta y desapareció.

En aquel momento desembocó por una galería el conde de la Estrella, que vestía el traje de cruzado.

Miró hacia el sitio por donde había desaparecido la sultana, y después se fijó en Zúñiga.

—¿Qué es eso? —preguntó, dirigiéndose á un *clown* que le acompañaba.

—*Eso*... parece un alférez, —dijo aquél con aire desdeñoso.

Juan, que había oído la última frase, se acercó, añadiendo con retintín:

—Y un hombre que no se cubre la cara ni aun para vestirse de histrión.

Y después de saludar, siguió adelante, aunque muy despacio.

—¡Bien contestado! —repuso el conde, riéndose.

—¡El insolente!...

—Pero ¿creéis que esa sultana sea mi mujer?

—Habéis dicho que salió de vuestra casa vestida de sibila; no creo que haya tenido tiempo de variar de disfraz.

—Me ha parecido...; y luégo, como huyó al verme...

Entre tanto Juan de Zúñiga discurría por los salones.

Algunas máscaras se le acercaban dándole broma sobre su arresto.

Zúñiga creyó que había caído en el reino de los enigmas.

En aquel momento, los reyes y príncipes se retiraban, acompañados por la duquesa, que iba sirviéndoles hasta la puerta.

Nuevamente apareció la sultana, la cual, dirigiéndose á las máscaras que rodeaban al joven, exclamó:

—¡El rey se acerca!... ¡No es conveniente que le vea!

Entre todas le obligaron á retirarse al alféizar de una ventana.

Al aproximarse la corte, todos los rostros se descubrieron.

Pero la sultana se arregló de modo que Juan, por más que hizo, no pudo verle el suyo.

Cuando salieron los reyes, todos volvieron á cubrirse.

Zúñiga partió como un loco en busca de aquella máscara que le trastornaba.

En uno de los salones se encontró al paso á la duquesa.

—Señora, —la dijo, —aunque sin merecimientos, y por motivos que ignoro, he recibido una invitación de vuecencia, y cumplo un deber dándole las gracias y poniéndome á su disposición.

—Creed, Zúñiga, que por mucho placer que recibo con vuestra presencia, hubiera agradecido más no veros.

—Entonces vuestra invitación...

—Ha sido una imprudencia..., sabiendo que estabais arrestado; en caso contrario, vuestra presencia honra mi casa.

—A la verdad que no comprendo nada de lo que me sucede.

—Si pesara algo en vuestro ánimo, os daría un consejo.

—Le escucharé gustoso.

—Por más que no le sigáis, ¿no es eso?

—Procuraré complaceros.

—Volveos al cuartel, y ved de qué manera podéis arreglar con los compañeros que esta evasión no la conozcan mañana vuestros jefes.

—Hay un inconveniente, señora duquesa.

—¿Cuál?

En aquel momento Juan vió que la sultana entraba en un pequeño gabinete que flanqueaba el salón.

—Esa máscara, —dijo Zúñiga, señalándola.

—Las cosas de Oriente son engañosas en estas latitudes. Sobre todo, estáis en vuestra casa.

Y la duquesa se alejó, sonriéndose al ver que aquel hombre olvidaba las consecuencias de su evasión por una sultana del Manzanares.

CAPITULO LVI

El antifaz.

La verdad es que el joven no pensaba más que en aquella garganta y en aquellos brazos, de los que quisiera hacer dulces dogales para su cuello.

¿Qué le importaba lo que pudiera pasarle al día siguiente?

Zúñiga deseaba que no amaneciese nunca, que aquella noche fuera eterna.

Empezó á recorrer los salones.

Las carátulas iban desapareciendo poco á poco, y se vió rodeado de rostros bellísimos, cuya hermosura realzaba la profusión de luz y el lujo de los trajes.

Los que no estaban en antecedentes, como le vie-

ron hablar con la duquesa y algunas máscaras, no extrañaban ya su presencia.

Otros le conocían de verle en palacio cuando estaba de servicio.

Además, poco á poco fueron enterándose todos de que era un oficial que había roto su arresto por complacer á una dama.

La opinión general estaba á su favor, y las mujeres especialmente le dirigían miradas de simpatía.

A juzgarle aquel tribunal, saldría absuelto indudablemente.

Por último, Juan dió con la sultana, que arreglaba su tocado en el fondo de un gabinete.

—Supongo que ahora, —le dijo, —me presentaréis á esa dama, á quien parece que he complacido al venir aquí.

—¿No decíais hace poco que no queríais verla?

—Ahora me retracto.

—Quiero castigar vuestra inconsecuencia no prosentándoos.

—Es que mi inconsecuencia no existe: he dicho hace poco que sólo quería veros á vos; y como creo que vos y esa dama sois la misma persona, heme aquí tan consecuente como el sol, que alumbra el mundo hace miles de años.

—Hacéis deducciones muy gratuitas.

—Pero no me probaréis que me equivoco: ¿queréis

que tenga con vos procederes de pirata que entra á viva fuerza en un harén?

—¡Ajustáis vuestro lenguaje al uso de mis vestiduras! – dijo la dama riendo.—Pero ¿os atreveríais?

—A todo... lo que no pudiera disgustaros.

—¡Eso es otra cosa!

—Sobre todo, ¿por qué me habéis hecho venir?

—Tal vez... por probar vuestra galantería.

—Soy tan oscuro..., tan desconocido, que no tendríais motivos ni aun para dudar de ella.

—Vuestra conducta con el hijo del conde de Massi me probó quién erais.

—No hay en ello nada de particular; hice lo que él hubiera hecho conmigo. Pero no se trata de eso ahora; y puesto que os he complacido viniendo aquí, reclamo el precio de mi servicio.

—¡Sois muy interesado!

—Mucho; pero como la paga, aunque de gran valor para mí, no os costará ningún sacrificio...

—¿Y qué es lo que os contentaría, señor pedigüeño?

—Que desaparezca un breve instante esa careta enojosa.

—¡Pero si me conocéis!... ¡Me habéis visto muchas veces en palacio!

—¡He visto tantas damas!...

—Recordad la más fea: ésa soy yo.

—¡Oh!... ¡Imposible!

—En fin, separémonos... Aquí estamos llamando la

atención de los que pasan. . ¿No bailáis? Eso disimularía más... Venid.

Juan repuso con cómica expresión:

—Señora, ignoráis quién he sido...; por eso al verme aquí creéis que yo me he criado en estos sitios y conozco estas costumbres. Yo procedo de un pueblo de Castilla la Vieja, donde nacen muy hidalgos, pero muy pobres. He sido novicio en el convento de jerónimos del Prado; allí se aprende de todo menos á bailar; senté plaza en el regimiento de guardias valonas, porque mi tío don Pablo Olavide creyó que valía más esto que entonar antífonas y salmos. Pero en punto á saltos y piruetas, puede darme lecciones cualquiera.

La sultana se echó á reir en vista de aquella franqueza exenta de orgullo.

—Prefiero que seáis así, – dijo. – Entonces pasearemos, pero donde la gente nos vea: esto vale más.

—Pero antes de salir de este gabinete, ¿no podría yo?... Calculad que por vuestra causa es probable que alcance yo en Africa algún grado..., ó la muerte.

—¡Pobrecillo!—murmuró la sultana.

Iba á acceder á sus deseos tal vez, separando la careta del rostro, cuando la lámpara que pendía del techo marcó dos sombras en la pared.

La sultana ahogó un débil grito.

Juan volvió la cabeza, y vió en la puerta al templario y al *clown*.

Ambos á dos iban sin carátula.

El templario era el conde de la Estrella; al otro no le conocía.

La sultana, por un movimiento maquinal, se asió del brazo de Zúñiga, como buscando amparo.

Aquello fué obra de un momento.

Juan comprendió que algo pasaba allí, y que la sultana tenía interés en no ser conocida.

Asióle del brazo intencionadamente, y con un movimiento natural se dirigió hacia la puerta.

El conde se interpuso, diciéndole:

—¿Adónde vais?

—Me parece que salimos, señor conde,—contestó el joven con una calma terrible, que pudiera ser siniestra.

—Hé ahí las ventajas de ser algo en el mundo, y las contras de meterse adonde á uno no le llaman,—dijo el conde.—Vos sabéis quién soy yo: en cambio yo ignoro quién sois *vos*.

Y el templario acentuó esta palabra con tono desdeñoso é insultante.

—Voy á decíroslo,—contestó el joven, haciendo por conservar su sangre fría, y avanzando un paso tranquilo hacia su interlocutor.—Yo soy don Juan de Zúñiga, hijo de un hombre muy pobre, pero muy hidalgo, y no me habrá conceptuado tan despreciable el rey cuando me ha dado un empleo en sus guardias valonas, donde no sirve ningún hombre que esté deshonrado. Aparte de esto, y á pesar de mis pocos años, soy

tan hombre, que me considero capaz de defender á una dama contra las pretensiones de todos los condes de la Estrella que quieran faltarle al respeto. Si no habéis entendido mi lenguaje, os lo diré más fuerte y más claro donde nuestras espadas puedan salir fácilmente de la vaina, no en casa de una dama que vos y yo tenemos obligación de respetar. Ya veis que no estáis hablando con ningún manco, ni con un rufián. Vamos, señora.

Y con un ademán lleno de majestad se dispuso á salir, mientras la sultana estrechaba dulcemente su brazo.

—Perdonad,—le dijo el conde, sin contestar directamente á lo que aquél había dicho.—Cuando llegamos he oído la voz de esta dama, y me es sumamente conocida.

Eso prueba que no sois sordo..., cosa que á mí me tiene sin cuidado.

—Es que se me figura que conozco esa voz.

—Tampoco me choca; yo, desde esta noche, conoceré la vuestra entre mil, como se distingue un martillazo de un acorde de clavicordio.

—Pero ¿no advertís que mi curiosidad está excitada?

—¿Y qué?—preguntó el joven con insolente dignidad.

—Que cuando llega ese caso, pretendo salir de dudas.

—Cosa muy difícil es, á fe. Para ello sería necesa-

rio que esta dama quisiera deciros su nombre... y que yo se lo consintiera.

—¿Tenéis algún derecho sobre ella?—preguntó el conde montando en cólera.

—El de que viene conmigo, y no tolero que crea que os tengo miedo.

—Señor alférez, estáis jugando una partida muy arriesgada; yo os excedo en jerarquía.

—Bajo estos artesonados todos somos iguales: uno que recuerda que es caballero, y otro que procura olvidarlo.

A todo esto ya se había reunido un auditorio de damas y caballeros: la disputa tenía espectadores.

Y, preciso es decirlo, el conde llevaba la peor parte, puesto que, atropellando los fueros de la casa, trataba de insultar á una dama que estaba en ella.

El conde se apercibió pronto de lo que pasaba.

No podía tolerar que caballeros y damas de la nobleza dieran sus simpatías á un simple alférez, con mengua de uno de su clase.

Esta idea alteró su bilis, hasta el punto de olvidar la prudencia.

En cambio Zúñiga, como defendía dignamente una buena causa, era cada vez más dueño de sí.

Y deseoso de evitar el escándalo, afirmó sobre el suyo el brazo de su pareja, volviendo á decir:

—Vamos, señora.

Y dió un paso hacia adelante.

Pero entonces el conde, ciego de ira, y olvidándose completamente de quién era y dónde estaba, exclamó:

—Esta dama no sale de aquí sino de mi brazo..., ó por lo menos quitándose el antifaz, para que todos la veamos el rostro.

Entonces Juan, con calma terrible, repuso:

—La tengo por muy honrada, y me basta el sitio en que estamos para creerlo así; pero os juro por mi nombre que aunque fuera la mujer más perdida, y yo lo supiera, y quisiera seguiros, ó descubrirse, no lo consentiría, si antes no me arrancaban la vida.

Al estado á que habían ido las cosas, era imposible que cada uno dejase de hacer lo que había prometido.

El conde se adelantó con intención visible de arrancar la careta á la dama.

Entonces Juan, lleno de ira, descargó la mano furioso sobre el rostro del insolente, que vaciló sobre sus pies, y hubiera caído á no sostenerle el *clown*, que estaba á su lado.

La dama lanzó un grito, y perdió el sentido.

Al caer entre los brazos de la duquesa de Medinaceli, desprendióse el antifaz de su bello rostro, reconociendo todos en ella á la condesa de la Estrella, esposa del agresor.

Juan de Zúñiga, olvidándose de lo que había pasado, no tuvo más que esta frase:

—¡Oh qué hermosa!

—¡Miserable! —exclamó el conde, lanzándose sobre él.

Pero los demás se interpusieron.

La condesa fué retirada de allí, siguiéndola las damas para prestarla sus auxilios.

—¡Vamos, vamos fuera! —gritaba el conde, trémulo de ira.

Entonces Juan, viéndose solo por su clase, allí donde todos eran nobles, dijo con angustiosa, aunque temblorosa voz:

—Señores, no ostento títulos nobiliarios, aunque soy hidalgo; me abona este uniforme, y el estar aquí: ¿hay alguno que quiera servir de padrino á un oficial del rey para que responda mañana de que mató en buena lid á ese mal caballero?

—¡Yo!... ¡yo!...—dijeron varias voces.

Eligiéronse dos, y salieron con Zúñiga: el conde iba acompañado del *clown* y de otro amigo.

La noche estaba serena, y el Prado convidaba con sus frondosas alamedas, donde se anidaban las brisas de Septiembre, que aquella noche eran muy á propósito para refrescar la sangre con una herida.

CAPITULO LVII

En el Prado de San Fermin.

UANDO la condesa volvió en sí, se encontró reclinada en un lecho, y rodeada de la duquesa y de sus amigas.

El baile seguía como si tal cosa. Aquellos buenos caballeros no se preocupaban porque un amigo muriese atravesado de una estocada á dos pasos de donde ellos se divertían.

Además, la cosa no dejaba de tener gracia para la crónica escandalosa de la época.

Un marido que sorprende á su mujer en pleno gabinete solitario, del brazo de un alférez de guardias...

No podía darse nada más divertido.

Sí.

Después de todo eso, un duelo.

Un duelo es la salsa de ciertos lances escabrosos.

Sin embargo, la condesa tenía muy bien sentada su fama para que rodase por el suelo.

Constaba también que el instigador del lance había sido su esposo con sus celos ridículos, sin motivo.

Había mucha gente en los salones que no se había enterado.

La pobre condesa tuvo precisión de recoger sus ideas para hacerse cargo de la situación.

Al pronto creyó que despertaba de un sueño, agitado por una de esas horribles pesadillas que trastornan el sentido, aun después de estar durmiendo.

Pero el rostro de los que la rodeaban avivó sus recuerdos.

En seguida se apercibió de lo que había pasado, previendo lo que podía pasar.

Exhaló un débil grito, y se arrojó del lecho, exclamando:

—¿Y mi marido?

—Tranquilízate,—la dijo la duquesa.—Está ahí, en los salones.

—¡Oh! Me engañas... Estaría á mi lado... Aunque después de lo sucedido...

—Ha sido una mala inteligencia...

—Di más bien que ha sido una imprudencia mía...; yo no he debido dar en tan ridícula apuesta... ¡Acaso he perdido á los dos!

—Vamos, tranquilízate.

—Pues bien: es necesario que disculpes mi ausencia en los salones...; ha habido mucha gente que se ha enterado, y supondrá...

—Bien, pero no te muevas..., y aun sería de mejor efecto que te presentases dentro de un momento.

—Bien, vete: te doy palabra...

La duquesa y sus amigas desalojaron la estancia, para mentir por amistad á los que habían presenciado algo.

No faltó alguna que se regocijara ante la idea de que la crónica escandalosa señalaría al día siguiente el nombre de *su amiga*.

Tan luégo como ésta se vió sola, abandonó la estancia por una puerta excusada, cubriéndose con un ligero abrigo de la duquesa, que encontró á mano.

De esta manera se dirigió al vestíbulo; pero tuvo que retirarse para no ser reconocida por las muchas gentes que salían, porque los convidados empezaban á abandonar el palacio.

Entonces nadie veía amanecer desde las ventanas de un salón de baile.

La pobre condesa oyó al paso alguna que otra frase, por la que dedujo que el escándalo no se había dado tan en secreto.

En tal estado retrocedió hasta el jardín.

Éste estaba desierto; su iluminación moría ya como

inútil, y las mismas estrellas empezaban á palidecer en el espacio.

Empezaba á apuntar esa claridad indecisa con que se anuncia la aurora.

El verde follaje de los árboles estaba pálido, como si también hubieran pasado una mala noche.

Sólo alguna que otra pareja discurría entre la masa oscura.

El amor, cuyo misterio teme tanto la claridad del sol, protestaba aún, y se pronunciaba en retirada.

Las aves que, cansadas de lo que ellas creían interminable aurora, habían vuelto á sus nidos, los abandonaban nuevamente para saludar al sol con dulces gorjeos.

Desde allí se oían á cierta distancia los ecos de una orquesta, de que apenas se aprovechaban ya los bailarines, puestos en dispersión por su cansancio.

Los instrumentos bostezaban.

La condesa se dirigió hacia uno de los criados que se cruzaban por el jardín, y poniéndole una moneda de oro en la mano, le dijo:

—Deseo salir sin ser vista; haz que abra el jardinero.

No sabemos si aquél la conocería; pero la moneda debió parecerle de buena ley, porque contestó, haciendo una reverencia:

—Tomaos la molestia de seguirme.

Y ambos se dirigieron hacia la habitación del jardinero, que no dormía.

Había pasado la noche entera haciendo ramos para las señoras, y á la sazón estaba medianamente borracho.

Tenía las oscilaciones del péndulo.

Enterado de lo que se exigía de él, se dirigió á la puerta que conduce á la calle de Trajineros: ésta entonces sólo era una avenida de árboles.

La condesa siguió por la izquierda lo largo de la tapia, hasta llegar á la esquina que forma el edificio en la conclusión de la Carrera de San Jerónimo.

Allí había aún algunos carruajes, cuyos conductores esperaban á que los llamasen sus amos respectivos.

Dirigióse hacia un lacayo, á quien preguntó, dándole otra moneda:

—¿Has visto pasar por aquí hace poco con dirección al Prado un grupo de hombres que pudieran tener traza de ir á consumar un duelo?

—Sí, señora,—contestó aquél.

—¿Cuándo?

—No hace todavía veinte minutos. Debían salir del palacio de la señora duquesa, porque algunos llevaban disfraz.

—¿No había alguno con uniforme?

—Sí, señora; me parece que era de la guardia valona...; caminaban en silencio, como quien va á ocuparse de algo grave.

—¡Dios mío! Y ¿qué dirección llevaban?

—Hacia la fuente de las Cuatro Estaciones.

La condesa partió sin despedirse, con toda la velocidad que le prestaba su apuro, mientras el lacayo murmuraba:

—Me parece que si iban á batirse, esa dama tiene algo que ver en el lance.

Las sombras huían ya ante la claridad; la pobre duquesa volaba, temiendo no llegar á tiempo para impedir el duelo.

A lo lejos vió una masa confusa que iba aclarándose á medida que se acercaba.

Por último fué clara y perceptible.

Había un hombre en tierra, á quien sostenía con trabajo un *clown;* sobre un blanco manto del Temple, que estaba arrojado en el suelo, había algunas manchas que pudieran muy bien ser de sangre.

Unos veinte pasos más adelante marchaban dos hacia la calle de Alcalá; uno de ellos vestía el uniforme de guardias valonas, y á la sazón iba limpiando la desnuda espada con un lienzo blanco.

Al mismo tiempo doblaba la esquina de la Carrera de San Jerónimo un carruaje que se aproximaba al sitio de la catástrofe.

Ya era imposible dudar.

El hombre que había en tierra herido, muerto acaso, era su esposo, el conde de la Estrella; el que se alejaba, Juan de Zúñiga.

En efecto, el duelo acababa de tener lugar en aquel